



## Alvaro Siza Vieira

Las piscinas de Leca da Palmeira se encuentran con dificultad viajando de Matosinhos a Porto, dejando atrás, atado por su geometría al horizonte, el restaurante Boa Nova, recuerdo emocionado del Pabellón de Tavora de la Quinta da Conceicao y lugar de aprendizaje para un Siza aficionado, desde entonces, a velar su arquitectura con el entorno.

La piscina, en efecto, parece excavada en la roca. Desde la carretera poco o nada se ve, y su lenguaje moderno y austero le presta la apariencia de una caverna esculpida al aire libre, en la que naturaleza, geometría y arquitectura se traban sólidamente, desdibujando sus contornos.

Las piscinas son pequeños muros de contención que retienen entre las rocas el agua que llega del mar. Un tajo oblicuo separa las tierras para hacer sitio a los vestuarios, engastados entre rocas de forma meditada y casual. Al fondo del corredor brilla la luz sobre una pieza circular de acero inoxidable, a modo de espejo indiferente al salitre.

\* \* \*

Siza ha relatado en varias ocasiones sus comienzos de escultor. (En Portugal, Arquitectura ha sido hasta ahora una rama de las Bellas Artes).

Es difícil entender su trabajo sin esa vocación que caracteriza sus obras: modelar, cortar, cincelar lo que *ya existe*. Cómo la construcción se tensa y adquiere vida con la *ligera torsión* que su trabajo impone a la naturaleza. Cómo esa atención a los detalles, expresivos y artesanales al principio, ironías del lenguaje quizás en otras ocasiones, son en realidad piezas de estructura que relajan en los puntos críticos las tensiones que esa naturaleza torsionada transmite a la arquitectura, vibrando en un equilibrio con la tierra, en un *cross inconcluso* en el que el visitante se ve envuelto.

Torsión de la naturaleza en algún caso, pero también esfuerzo sobre la propia trama de la ciudad en la Banca de Oliveira, cuando los lomos de los paños se tensan como un arco desde un punto que está fuera del edificio.

Torsión de la fuerza de gravedad en la fábrica alemana de llaves, en la que un cilindro inclinado recoge en su interior una rampa helicoidal escorada en sentido contrario, inmerso el

hombre en un nuevo Pozo de San Patricio escindido, en el que sólo el acoplamiento de una pieza exterior y otra interior *abre* la clave de la totalidad.

Ligera torsión, por qué no también, del ángulo recto en la escuela de arquitectura!, lucha leal y cuidadosa con la Naturaleza, la erosión inesperada, otro estrato más, telúrico y amable.

Siza es aficionado a dibujar sus proyectos a vista de pájaro o, mejor dicho, a vista de ángel, pues en varios de ellos aparece en primer plano una figura alada. Esta costumbre es, cuando menos, chocante. Ahora bien, la cuestión es discernir si ese hábito esconde o no alguna sugerencia.

La arquitectura de Siza no sólo se sustenta inspirada en la naturaleza. Se superpone a esta inspiración una *visión más alejada*, en la que la idea filtra el modelado de lo que ya existe. Un cedazo que ordena las tierras y los materiales desde una reflexión sobre la herencia de la arquitectura moderna. Siza mismo reconoce influencias de Aalto y de Le Corbusier, pero reniega del estilo, y ello precisamente debido al respeto a las particularidades del lugar y del momento, crisol en el que deben fundirse naturaleza, geometría y arquitectura.

Sólo desde lo alto se ve la salida a un laberinto. Como un nuevo Icaro, escapa alado del laberinto que su padre arquitecto (la arquitectura moderna) edificó y en el que se ve encerrado. Otro Icaro, Scarpa, deudo de la fragmentación, voló hacia Oriente, hacia el Sol, y nadie puede olvidar que murió en Tokio de una *caída*; fundida la cera que trababa sus alas.

En Siza, la propia torsión con su esfuerzo une el conjunto en tensión, y hay en él casi una obsesión por la continuidad. En la casa Beires, el rodapié del piso bajo se pliega subiéndolo por los escalones y, girando sobre sí mismo, crece sutilmente desde el descansillo y llega al piso superior, derramándose.

Sólo brilla resplandeciente en la piscina aquel pequeño espejo circular, que es a la vez su excéntrico motor, la imagen de la luna llena que refleja, atrayendo con la llamada de la marea, el agua que integra la piscina en un ciclo natural. Desde lo alto, es el homenaje de Siza a la deuda de la arquitectura con una *sensibilidad concreta*, perdida.

Luis M. Mansilla